

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1925 Lunes 9 de Febrero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *¿Ha sonado la hora de la espada?*, por Enrique Molina.—*El movimiento militar chileno*, por A. Castelblanco y E. Courbet.—*Muralla infranqueable*, por Jayme Colson.—*La Doctrina de Monroe bajo un aspecto subjetivo*, por Rogelio Sotela.—*La obra de Enrique González Martínez*, por Jaime Torres Bodet.—*Página lírica* de Agustín Acosta.—*Carta de B. Casorla*.—*Renán, sus ideas y su estilo*, por el Dr. Manuel Domínguez (concluye).—*Comentarios fugaces*, por El Pasajero.—Suplemento: los *Rubayát*, del Kheyyám (segundo pliego y final).

¿Ha sonado la hora de la espada?

Al señor Leopoldo Lugones

Universidad de Concepción (Chile), 13 enero 1925.

Sr. J. García Monge.

San José de Costa Rica.

Mi distinguido señor y amigo:

Le incluyo un artículo por si Ud. lo considera digno de ser publicado en su interesantísimo REPERTORIO AMERICANO.

Usted verá de qué se trata. Creo que en el REPERTORIO que circula por toda la América, es donde debe salir.

Afectuosamente suyo,

ENRIQUE MOLINA.

EL poeta, el verdadero poeta es el vidente, es el privilegiado del espíritu para traducir en verbo humano lo que avizora en vuelos suprasensibles y de difícil acceso al común de los mortales; es el portador de las cuerdas divinas que vibran con el dolor de los demás. Los demás se encuentran expresados en él y se dicen: esto es lo que he sentido, esto es lo que siento, y le agradecen al poeta la iluminación de esperanza producida, el alivio al pesar traído con su ahondar en las complejidades del corazón. El poeta es el creador de belleza, es el pontífice del amor en todas sus formas. Vuela por esto en planos superiores a las miserias ordinarias de la vida o les aplica el cauterio de su fuego de profeta indignado cuando provienen de la mezquindad y maldad de los hombres. Es así antena de luz que grita a los extraviados y abatidos mortales «avanzad, avanzad, realicemos con valor la vida, hagamos a Dios».

* *

Un poeta, el poeta argentino Leopoldo Lugones ha dicho en un teatro de Lima, en una de las festividades celebradas con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho, que «ha sonado para bien del

mundo la hora de la espada». Como corolario de esta frase de aparatosa marcialidad ha agregado que «el pacifismo no es más que el culto del miedo o la añagaza de la conquista roja» y que «en el conflicto de la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con ella».

Creemos que en este discurso el señor Lugones no ha estado a la altura ni del poeta ni del hombre público conductor de pueblos ni del historiador.

Decir que «ha sonado para bien del mundo la hora de la espada» es dar a entender que la humanidad hubiera vivido hasta estos días en una paz enervante y desmoralizadora. Pero, ¿no ha sido, al contrario, la verdad que las horas de los pueblos han sido casi siempre horas de la espada? No tenemos para qué referirnos nada más que a la Europa y a la América. El viejo continente ha vivido los últimos cien años o en guerra o en paz armada que es, en forma negativa, también el imperio abrumador de la espada. Ha vivido así hasta llegar a la catástrofe de 1914-1918. Más de diez millones de muertos en los campos de batalla, un número mayor aún de mujeres, de niños y de civiles fenecidos por consecuencias indirectas de la guerra como ser falta de alimentación y enfermedades, centenares de pueblos destruidos, campos arrasados, epidemias que han dado la vuelta al mundo como azotes de un castigo universal: esto ha caído sobre la infeliz humanidad por haber sonado de modo más intenso que antes en 1914 la hora de la espada. Aún no se aquietan las ondas de zozobra levantadas en esa hora fatídica y muchos decenios pasarán antes de que se aquieten por completo por sí solas si es que no estalla antes otra conflagración conforme a lo que parece desear la insana actitud bélica del señor Lugones.

¿No ha pensado el señor Lugones en este cataclismo? ¿Cómo crearlo? ¿O le parecen muy largos los cinco años de defectuosísima paz que van transcurridos desde 1919 hasta este momento?

Por si el cuadro anterior no fuera bastante, des-

entrañemos lo que pueda significar el imperio de la espada.

Es sagrado el empleo que hacen de las armas los pueblos que luchan por su independencia o las colectividades que defienden sus derechos hollados. Nobles fueron así las espadas de Ayacucho y de Maipú. Y dada nuestra imperfecta organización internacional también es cierto que los estados han tenido hasta hoy que mantenerse armados para asegurar su existencia; pero en estos casos el ejercicio de las armas significa y debe significar una función subalterna dentro de la organización civil. Fuera de estos capítulos el imperio de la espada envuelve sólo el predominio de la fuerza bruta.

¿Le ha atribuido el señor Lugones tal vez a la espada una virtud organizadora? ¡Ah nó!

Ella carece de esa virtud y puede sólo establecer un orden aparente. Toda unión de los hombres que no descansa en la voluntad y adhesión espontánea de los asociados constituye una falsa organización, una apariencia de orden. El predominio de las armas connota el uso de instrumentos que únicamente sirven para atemorizar y tiranizar a los hombres, para herir y matar, es decir, para envilecer y prostituir la vida o para destruirla.

* *

El pacifismo que el poeta argentino en su postura de Bayardo o Campeador teatral llama «culto del miedo» no es más que el clamor del buen criterio humano señalando la posibilidad de que los hombres sean capaces de vivir algún día sin estúpidas querellas. Es tan antiguo como la razón humana y lejos de ver el culto del miedo entraña la exaltación del valor del espíritu que quiere realizarse íntegramente; es la conclusión necesaria de toda verdadera moral, de toda religión, de todo evangelio de amor.

Las tragedias al parecer incurables de la Europa han hecho pensar en la América como en una tierra de promisión donde pueda florecer una nueva humanidad que alcance a realizar un ideal de perfección, imposible para el Viejo Mundo precisamente por llevar en su seno la fuerza disolvente de complicaciones y odios engendrados por guerras seculares.

Bolívar, el rayo de la guerra, fué en cierto sentido el primer pacifista hispano-americano porque soñaba con que los pueblos de este continente se agruparan en una unión que fuera para ellos fuente de paz y grandeza.

En nuestros días la *élite* del pueblo mejicano, llevando como más elocuente vocero a Vasconcelos, es pacifista. Y no se podrá decir de ellos que rinden culto al miedo. Rinden culto de amor según sus propias declaraciones al progreso, a la humanidad y especialmente a las naciones latino-americanas.

A las orillas del Plata se ha dejado oír recientemente la palabra cálida del Decano de la Facultad de Derecho señor Alfredo L. Palacios. Se dirige a los universitarios hispano-americanos para que nos apartemos de los nefastos ejemplos europeos y abramos en nuestro continente nuevos horizontes a la humanidad.

«La cultura europea, dice, amenaza desencadenar una guerra interminable, capaz de hundir en el caos la civilización de Occidente. ¿Seguiremos nosotros,

pueblos jóvenes, esa curva descendente? Seremos tan insensatos que emprendamos a sabiendas un camino de disolución? ¿Nos dejaremos vencer por los apetitos y codicias materiales que han arrastrado a la destrucción a los pueblos europeos?». Y luego invita a trabajar por la solidaridad espiritual de las naciones de la América Latina.

La revista *Atenea* de la Universidad de Concepción de Chile, ha venido consagrando en todos sus números páginas al fomento de la confraternidad hispano-americana.

Contra estas tendencias se ha alzado el señor Lugones en un teatro limeño. El poeta argentino ha creído que ha sonado la hora de la espada y lo celebra. La espada así presentada no significa sino dos formas de calamidades: o la guerra exterior o el régimen de fuerza, la tiranía en el interior.

Y para que no hubiera la menor duda de que esto era lo que quería decir el señor Lugones, endereza enseguida su discurso a ensalzar en presencia del dictador la dictadura. «Pacifismo, bolcheviquismo, democracia, ha dicho, son sinónimos de las mismas vacantes que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir, al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, se confunde con su voluntad».

¡Qué impudicia, qué descenso!

Podemos convenir en que los gobiernos democráticos y parlamentarios hayan fracasado en muchas partes; pero debemos buscar sin histerismos peligrosos los remedios a los males políticos y sociales en las virtualidades de la misma democracia constitucional.

Las loas a la guerra del señor Lugones, incomprensibles de todas maneras en un intelectual de alta cultura, se explicarían hasta cierto punto, como un producto de las circunstancias. El poeta ha vivido días de grandes festividades y ha hablado en un teatro caldeado con las emociones de esas horas de exaltación patriótica y palaciega. Serían un gesto de marcialidad sin peligro, marcialidad escénica y conquistadora de fáciles aplausos. Pero legitimar y ensalzar la dictadura, arrojar flores a la planta del dictador ahí mismo donde han sido masacrados estudiantes y obreros porque han protestado de la farsa política de querer consagrar la república al Sagrado Corazón, es demasiado.

El señor Lugones ha traicionado su investidura de poeta y de obrero de la espiritualidad hispano-americana.

ENRIQUE MOLINA.

Universidad de Concepción,
(Chile) enero 1925.



El movimiento militar chileno

Como Directores de una Revista que ha propiciado por sobre todo la integridad de América y ya que las revoluciones y su efecto inmediato, las dictaduras y Gobiernos absolutos, no son más que un carácter de la desmembración continental, repudiamos el movimiento militar del 5 de Setiembre que hoy impera en el Gobierno de Chile.

Pasada ya la hora de los entusiasmos peculiares de estos levantamientos—porque son aún muchos los militaristas que tenemos—es preciso analizar los factores que condujeron a la revolución y examinar si se justifica ante la opinión pública en los momentos actuales.

Nosotros, que no tenemos ningún vínculo con el pasado—fuera del de los afectos a los valores positivos del espíritu—y que sólo luchamos y batallamos por un futuro mejor, estamos en situación de hacer una crítica severa y sin contemplaciones, sobre la actuación de los hombres que ya pertenecen a la historia.

Sin intereses creados con el régimen caído, pero resguardadores de la libertad siempre, no aplaudimos y combatimos el actual Gobierno, inconsecuente ya, pasada la hora necesaria de su exaltación.

Defendemos más de cien años de vida libre y tranquilidad histórica.

Con una orientación precisa de los destinos del Continente y sabedores de la unidad racial que impera en lo más íntimo de nuestro ser, oponemos toda la fuerza de nuestra vida a un Gobierno de dictadura neta, y hacemos saber a la América que Chile en poder de los militares, significa una regresión histórica en el presente y un peligro para todas las naciones en lo porvenir.

Como queremos legar a las generaciones venideras una Patria libre y fuerte, exenta de malsanos ejemplos e inmaculada de odios, rencores y rivalidades, convocamos a la juventud de América, a los intelectuales, diarios y revistas, a que cooperen a nuestra obra de defensa nacional.

Hacemos un llamado de fraternidad ya que somos una sola Patria, grande y única y confiamos a la serenidad y el espíritu generoso de todos y cada uno de los americanos, la paz de Chile.

Antes del movimiento

La República democrática había tenido en Chile una evolución sistemática y gradual. Nuestras instituciones políticas descansaban sobre una base de prestigio y simpatía. Éramos una Nación bien constituida en el concepto extranjero y más de una vez fuimos citados como modelo de paz y tranquilidad en el turbulento desarrollo de la vida libre de América.

Una cordura diplomática a toda prueba y una administración interna asombrosa, habían prevenido cualquier desaveniencia internacional y la vida del terruño se desenvolvía próspera y fácil.

Nuestros hombres de acción, políticos y gobernantes, sanos en sus ideas, eran dignos poseedores del Gobierno de este pueblo joven. Pasada la revolución del 91, es la hora del espíritu cívico, de la

educación política y de la adquisición completa de nuestras libertades públicas y ciudadanas.

Teníamos un Gobierno democrático, dentro de la Democracia que es posible sustentar y propagar en América dada la suma de cultura que poseen las masas.

Los Poderes Públicos ejercían plenamente sus facultades y aunque su elección no era la expresión viva y tangible de los anhelos del pueblo, en estos ensayos de vida política habíamos adquirido el hábito de la libertad.

Un Gobierno autoritario, de régimen absoluto, no era posible ya. Había pasado el tiempo de las asonadas militares y los cuartelazos concluían en la horca o el fusilamiento.

Así la marcha de la vida pública en Chile.

Agregad ahora, una organización militar a la prusiana. Körner, conformó de tal manera nuestro Ejército, que hizo de él una fuerza y una autoridad; pero una fuerza y una autoridad conscientes, tolerantes, no ciega e intransigente; selectos y elegidos, no los fracasados de los Liceos que más tarde iban a formar la Escuela Militar.

Los Oficiales del Ejército, faltos de una orientación definida, con una cultura parcial y mínima, iban nada más que a engrosar el Presupuesto de la Nación. Incapaces de dignificarse, no poseían un sentido americanista, pongamos por caso, y en su altanería patriótica sólo cuidaban de endiosar las glorias de Chile en desmedro de las demás del Continente.

Criterio unilateral que dificulta en primer término el desenvolvimiento armónico de un Gobierno que anhele la paz y la tranquilidad y obstaculiza la vinculación internacional.

Otra fuerza poderosa dentro del Estado; en lucha constante y diaria por ganarse hombres, ideas y conciencias, era la Iglesia.

En su afán ilimitado de allegarse adeptos, recurría a una prédica sin descanso, para terminar por manifestarse como un imperio tan formidable, que hoy, en todas las clases sociales de Chile, se siente la obra de la Iglesia,

Hay en nuestro país fanatismo, y una causa no muy lejana del movimiento del 5 de Setiembre, hay que buscarla en la lucha religiosa que fué bandera de uno de nuestros partidos políticos.

La vida interna de Chile es una brega encontrada de ideas, principios y programas políticos. Todos creen representar el alma popular y dentro de estos antagonismos políticos, religiosos y sociales, está fermentando el odio y la distancia que hace tomar posiciones a partidarios y enemigos del régimen militar.

Para una mayor comprensión bosquejemos nuestro estado político en los últimos años.

Partidos numerosos que el país no necesitaba, ya que la opinión pública no delinea más que dos corrientes: conservadores y demócratas y las que con atenuantes o avanzadas forman otros cauces; partidos políticos que más servían intereses de hombres y sectas que sólo eran instrumento en las luchas electorales contribuyeron a la anarquía parlamentaria, causa la más poderosa, según los militares, del golpe del 5 de Setiembre.

Un poder Ejecutivo con una suma de atribuciones y en lucha constante con una de las ramas del Congreso; interviniendo de manera audaz en las campa-

ñas electorales; aprisionado por ambiciones de caudillos insaciables, aceleró el fatal momento de la pérdida de la Constitución.

Régimen militar

Bajo la presión de las armas, el Congreso recién elegido (1924-1927) aprobó los proyectos que el Ministerio, presidido por el General Altamirano, presentó a las Cámaras.

No hubo discusiones; sin preámbulos de ninguna índole se promulgaron como leyes de la República, con efectos desastrosos, es lógico, porque momentos después había que aclarar artículos, reformar disposiciones bajo el amparo de los famosos decretos-leyes.

Vacante la Presidencia de la República y disuelto el Congreso Nacional el 11 de noviembre, imperaba el régimen de dictadura disfrazada en el país, con una Junta de Gobierno compuesta de dos militares y un marino y asesorada por un Comité Militar, que era el árbitro de la situación.

Los militares, dueños del país, empezaban su obra de reconstrucción nacional.

Aferrados a la disciplina y a la obediencia, no admitían oposiciones de ninguna índole y la libertad había perecido en el naufragio trágico de la revolución.

La prensa fué censurada; no era posible una crítica abierta y amplia; hasta desterró a un hombre de ideas por no compartir la actitud del Gobierno.

Y en tanto, los desaciertos legislativos, propios del apresuramiento y falta de experiencia pública, van creando hondas perturbaciones.

Se deroga una ley que protege a los empleados particulares; un conflicto con los ferroviarios hace delicada la situación y por último, una ley electoral con fines al parecer preconcebidos, crea la desconfianza en el Ejército.

Es el primer síntoma de rebelión pasiva. Ya hay en el ambiente un signo de desconfianza; está fermentando el distanciamiento al Gobierno de facto y pesa sobre nosotros una hora tremenda y lúgubre.

Antofagasta, en un paro general, uniforme y compacto, ha asumido una actitud de beligerancia.

Son hechos parciales, simples, aislados; ejemplos fáciles de seguir; normas elocuentes que poco a poco irán formando la ola de un nuevo sentimiento nacional.

Las masas obreras desorientadas, sin saber qué actitud tomar, los políticos del pasado régimen bien guarecidos en sus casas, viven como azorados y falta el guía que ordene y haga efectiva la energía de estas fuerzas.

Los escritores y artistas, de quienes se esperaba en esta hora trascendental la palabra vital y libre, lanzaron un Manifiesto: triste documento sin mayor alcance.

Su opinión no la compartimos; pero es saludable ver una reacción.

Ya, uno de sus firmantes, se ha puesto de frente al Gobierno militar y como Presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, ha iniciado una campaña en defensa de la libertad.

Un error de perspectiva ideológica y una falta completa de sentido público para apreciar los acontecimientos en el terreno de la realidad, han hecho

incurrir a los escritores en la inconsecuencia de lanzar un Manifiesto.

Como no han sentido de cerca la marcha de nuestras instituciones republicanas y han permanecido alejados de las luchas cívicas, desconocen las aspiraciones del pueblo y sus apreciaciones ceden ante la fuerza de los hechos.

Por lo demás, esta actitud no tiene mayor importancia.

Llevar ya los militares cuatro meses en el Gobierno y no han despachado ninguna de las leyes que prometieron al pueblo.

La convocación de una Asamblea Constituyente, que debiera haberse hecho a una brevedad posible, y la renovación total de nuestras Cámaras, tienen largo plazo aún para efectuarse.

Y este es el mal incalculable: la permanencia por más tiempo de las fuerzas armadas en el Gobierno de la República.

Su misión ya debiera estar terminada, antes que divergencias graves y fatales cambien el curso de los acontecimientos.

Por desgracia, tienden a persistir y la utilidad transitoria que de este movimiento se habría podido obtener, se destruye en el afán pernicioso de continuar gobernando.

Chile tiene ahora un dilema sin ambages que resolver.

Abandonan el Gobierno los militares dentro de un plazo perentorio o vamos a la revolución.

Examinados los antecedentes y vista la situación actual, lo primero no es posible.

Nos queda la revolución.

Hagámosla entonces y junto con salvar a Chile, habremos salvado a América con una lección dura para el futuro.

La juventud chilena está en marcha. Hay un signo de heroísmo sobre nuestras cabezas y la hora de prueba será para nosotros el triunfo de la cultura y las ideas sobre la fuerza destructora y el afán inconsciente de las mediocridades.

Nuestro futuro

Es todo un problema el que nos queda para el futuro.

¿Cómo anularemos el peligro inminente que representa el ejército para nuestras instituciones públicas?

¿Cómo conseguiremos que el funesto golpe del 5 de Setiembre no sirva de ejemplo en lo sucesivo?

Es este un precedente morboso que acaso tienda a repetirse con ciertos intervalos y por influencia sugestiva, tenga imitadores en otras naciones del continente.

Las dictaduras y golpes de Estado de estos últimos años han repercutido hondamente en América, y Chile, país educado en normas de disciplina militar, no pudo menos que ser un fiel intérprete de erradas ambiciones que, desoyendo las lecciones de la historia, ya llegan a un ocaso fatal y trágico.

Nadie puede constituirse en augur de los destinos de nuestra patria. Cualquiera que sea su suerte tenemos la esperanza de una franca reacción. Está fermentando un descontento general y un rumor sordo

y anunciador creen escuchar los que viven hondamente la hora actual.

El Gobierno, careciendo de preparación práctica para afrontar los grandes problemas sociales y económicos que tenemos, falto de experiencia legislativa y confuso ante la serie de dificultades que significa un Gobierno de imposición, está fatalmente acelerando su caída.

No es posible desentenderse ni permanecer indiferente cuando los acontecimientos reclaman el concurso de todos.

Tenemos un deber imperativo de actuar. Los que creen en el militarismo que defiendan su último baluarte. Nosotros, nos rebelamos en defensa de un legado humano y porque creemos que la libertad no puede mancillarse con el imperio de la fuerza y la brutalidad.

Pero hay, además, un alto designio que induce a combatir el Gobierno militar.

No somos un pueblo aislado sin vinculaciones históricas ni precedentes que puedan darnos pie para vivir incomunicados.

Hay veinte naciones que comparten idénticas aspiraciones e iguales destinos y viven para un futuro que dará la fórmula de unificación continental.

Tenemos el deber de sanear las patrias locales para efectuar el conglomerado de pueblos que formarán la América vasta y grande.

Los regímenes autoritarios e impuestos por la fuerza, conducen a la desintegración y llevan ya en sí un germen de oposición y distanciamiento.

Nos queda la cultura y la libertad que, por encima de las fronteras, harán realidad la ilusión de hoy: América enarbolando la bandera de la civilización humana en un estrechamiento máximo y vital.

AGUSTÍN CASTELBLANCO.

EMILIO COUBERT.

Directores de *Rodó*.

Santiago de Chile, 1º de diciembre de 1924.

¿Quiere Ud. vestirse con elegancia y economía a la vez?

Lleve un corte y \$50.00, y con prontitud y esmero le harán el vestido que Ud. necesita en la

Sastrería de P. García Monge,

75 varas al Sur de la Imprenta Alsina

ESTUDIOS EN LONDRES
Y LARGA EXPERIENCIA

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

ENGLISH SPOKEN

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscribase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

Muralla infranqueable

(De *La Esfera*, Madrid).

LA muralla infranqueable de Hispanoamérica y de todos los pueblos antillanos es indiscutiblemente su idioma. Mientras se hable el español en los pueblos de la raza hispana es imposible la dominación absoluta de los Estados Unidos de Norteamérica en el Nuevo Mundo, como triunfo de la mal interpretada doctrina de Monroe, «América para los americanos».

Hay quienes discuten la íntima relación que existe entre el idioma y la nacionalidad; pero el fenómeno se verifica de tal modo que es imposible negar que el espíritu de un pueblo se manifiesta mejor que en ningún otro idioma en el que están memoradas su historia y sus costumbres. Los pueblos cuyo idioma es el mismo, el que oyeron hablar desde su infancia, simpatizan los unos y los otros, remontando sus amores y sus glorias al origen de su vida, la madre patria, tronco o fuente espiritual nacional.

Por eso los que descendemos de España sentimos en nuestras venas el calor de la raza al expresarnos en el idioma de nuestro origen. Y ¿qué somos, pues, intelectualmente hablando, sino españoles?

Somos hijos de Hispanoamérica, y con orgullo adoramos la hermosa tierra en donde nacimos, sintiendo a la vez un amor que casi se confunde con el de patria por la noble raza cuyo espíritu forma, podemos decir, parte de nuestra moral personal.

La política española en América fué vencida; pero no el alma española.

España descubrió hermosas tierras y conquistó pueblos salvajes; cometió grandes errores, porque no existe perfección en las obras humanas; pero dondequiera dejara sangre, idioma, religión y costumbres, dejó su misma rebeldía de espíritu por la libertad, las chispas de su inteligencia, y su sublime quijotería, que, bien entendida, es siempre escudo de dignidad.

España no puede llamarse gran colonizadora de pueblos; pero sí puede llamarse gloriosa madre de naciones.

Mucho hizo Roma llevando su civilización a innumerables pueblos; pero más hizo España descubriendo un nuevo mundo y estampando su personalidad moral en una legión de nacionalidades que hoy se abren paso entre las más civilizadas del Universo.

Emigren a los pueblos de origen español ingleses, alemanes o italianos y el espíritu que realmente domina es el español. El idioma y el espíritu se funden, y cada nativo exclama con orgullo: «¡Soy hispanoamericano, y nuestra madre patria es España».

Al rodar de algo más de un siglo, hemos venido a comprender que las guerras de Hispanoamérica contra la metrópoli no fueron principalmente ni de indios ni de americanos contra españoles, sino de unos hijos que se emancipaban de la madre patria; eran el mismo corazón de España que se fragmentaba, para formar otras Españas en espíritu con diferentes nombres y banderas en unas tierras muy lejanas.

Bolívar, Sucre y San Martín, fundando gloriosas

Repúblicas, ¿quiénes eran ellos sino descendientes de hidalgos que buscaban nuevos horizontes de libertad para sus hermanos?

Bolívar, uno de los héroes más completos que presenta la Historia en cuanto a valor, ilustración y nobleza, a quien la antigua Grecia llamaría semidiós, era otro gran capitán de la raza del Cid.

Venció a los españoles honrando a España, al formar nuevas patrias, que al fin habían de aumentar las glorias de la descubridora de un nuevo mundo.

Y toda esa pléyade de varones inmortales que, al contemplar el épico gesto de Bolívar, se lanzó desde el Atlántico y el Pacífico hasta el mar Caribe gritando Libertad, ¿honraban a qué raza sino a la ibérica?

La sangre y el espíritu heredados de España diéronle vida independiente a Hispanoamérica, al triunfar las armas de Bolívar, Sucre y San Martín.

El genio español le prestó luz y alas al pensamiento de Bello, de Sarmiento y de Rubén Darío, y sigue el sol de Hispanoamérica irradiando continuamente chispazos de inteligencia, como lo atestigua la gran cultura sudamericana.

Hispanoamérica no se duerme mientras silbe en su rededor el progreso de Norteamérica; ella sabe lo que todo eso vale; ni desprecia las ciencias y artes de Francia y Alemania, pues la necesita su conciencia, ni ve con ingratitud las generosas corrientes de Italia, porque sus tierras tienen sed de ellas, a la vez de amar mucho a España, la inspiradora de sus nobles actos; todo lo aprovecha, para probar que es la educación la que transforma la faz de los pueblos y enaltece el espíritu de la raza.

Hispanoamérica hará todo menos renunciar de su hermoso idioma, urna de sus gloriosas tradiciones.

El pensamiento y el idioma están fuertemente eslabonados; el idioma es el ala de la idea, y las buenas ideas son hijas del sentimiento; de ahí que el amor a España no morirá en América mientras allí se hable el español.

El idioma será muralla infranqueable contra toda conquista que tenga por finalidad el avasallar la raza.

Ni Cuba, Santo Domingo ni Puerto Rico podrán ser absorbidas por Norteamérica mientras el español sea el idioma de aquellos pueblos, por fuertes que sean las imposiciones del conquistador, que dice amar la Libertad; el idioma será siempre una arma poderosa para sostener la lucha y ganar victorias en favor del Derecho.

El idioma es la voz de la Patria; es el santo y seña de los patriotas, mantenedora del espíritu, urna de reliquias históricas.

España, luchando contra romanos, moros y franceses, será siempre nuestro dechado en toda campaña de libertad e independencia.

España, iluminada por los resplandores del genio de Cervantes y de Calderón, será siempre modelo para nuestros ingenios; y al penetrar nosotros en el sagrado recinto del Greco, al quedar extáticos ante los cuadros de Velázquez, y al rendirnos ante las versátiles concepciones de Goya, exclamaremos con orgullo: «Somos descendientes de los más grandes artistas del mundo, de los guerreros más intrépidos, de los genios que más brillo dieron a la gran república de las letras».

Falta, sin embargo, que la gran patria de Cervantes pague con un poco más de cariño el grande amor de Hispanoamérica, cultivando con más interés las relaciones de vida más íntima, de vida más espiritual, a la vez que comercial, para que el iberoamericanismo sea positiva realidad, una verdadera defensa de los intereses de la raza, en tiempos de paz, y en tiempos de guerra lo mismo: una cadena amorosa de nacionalidades cuyos eslabones de luz sean soles deslumbrantes de la civilización universal.

JAYME COLSON.

La Doctrina de Monroe desde un punto de vista subjetivo⁽¹⁾

=El autor dedica este ensayo al Lic. don Juan Rafael Argüello de Vars.=

Entre todas las cosas, la más bella es la Justicia.—Inscripción en el Templo de Apolo en Delfos.

Es con una emoción inquietante como vengo a este pupitre—donde tantas veces brincó sobresaltado el corazón ante el Tribunal examinador— para que me otorguéis vosotros el gajo magnífico que se anhela en esta casa del Derecho y para que cambiéis—si os parece bien—mi pupitre de Estudiante por la toga de abogado.

Solemne es para mí este momento—como pocos en la vida—y habría querido corresponder a tan magno acontecimiento con un estudio digno del caso. Pero ni el tiempo de que dispongo ni mis conocimientos jurídicos me permiten ofrecer un trabajo como yo lo deseara. Sin embargo, he querido tratar algo que me parece de trascendencia y que importa dedicación y esfuerzo.

Sirva ello, pues, como modesto homenaje que rindo a la Escuela donde he adquirido una nueva cultura y donde ha sentido mi espíritu la iniciación de una filosofía, que será mi anhelo profundizar y conocer para bien mío y servicio de los hombres.

Trataré de realizar aquí una obra muy difícil: primero, luchar contra el prejuicio tan arraigado en estos pueblos de América, de que es un peligro para nuestra soberanía la actuación política de los Estados Unidos; de que los Estados Unidos sólo desean absorber a los pueblos del Sur; de que el porvenir de estas naciones está ya casi al alcance de las garras poderosas del águila del Norte—como se dice—y segundo, sustentar una tesis que no será bien vista en el primer momento pues son muchos los recelos y las animosidades que se tienen para los Estados Unidos y cualquier palabra en su favor parecerá a muchos un sacrilegio.

Y es que es difícil desarraigar lo que hace cincuenta años se vive; los hombres se recuestan cómodamente en estos almohadones de la costumbre y una pereza mental no les permite salir de sus ideas adquiridas.

Pero nada de eso me detiene.

Un nacionalismo estrecho nos impide tener una más grande comprensión de estos problemas y un artificioso y decantado «patriotismo» nos hace hablar contra otros pueblos, nos hace prevenirnos contra otros hombres y nos llenamos de odio y

(1) Tesis presentada por el Licenciado don Rogelio Sotela, en el acto de su incorporación, en el Colegio de Abogados.

de rencor en vez de tratar de acercar más el oído al corazón de esa raza a ver si en sus latidos palpita una gran generosidad para estos pueblos hermanos.

Bien señala Francisco García Calderón en una de sus obras, (1) como uno de los obstáculos que se oponen al desarrollo de estas Repúblicas latinas, la exageración de ese sentimiento de campanario que mata el impulso generoso de internacionalizar al hombre.

Con lo dicho, se empezará a comprender un poco el sentido que tiene el título de este ensayo: LA DOCTRINA DE MONROE DESDE UN PUNTO DE VISTA SUBJETIVO.

Hay subjetivismo en estas líneas porque hay visión propia—mala o buena—pero propia; no hay la frase que se acepta sólo porque viene rodando hace lustros.

Subjetivismo, porque hay un deseo de mirar este problema de dentro para fuera, es decir, sin egoísmo, sin prejuicio, del corazón hacia el mundo. Porque es muy distinta la visión que se tiene de las cosas cuando se las mira de dentro para fuera que de afuera para dentro. Se pone el observador en una cumbre y está bien lejos del objeto observado; luego, puede apreciarlo fielmente.

El objetivismo confunde la visión con el objeto y no se puede, así, verificar un análisis justo.

Por eso, quiero ahora proclamar de nuevo la virtud de la visión subjetiva, individual, que tiene un punto de vista alto, desde el cual se domina todo el panorama y pueden apreciarse sin fatiga los detalles del conjunto.

Hay una predisposición en América contra todo lo que se refiere a los Estados Unidos; y resulta singular y valiente cualquier palabra justa que se diga en su favor. Recuerdo, por ejemplo, que en los días en que tan terriblemente fué azotado el país por las conmociones sísmicas, un escritor nacional, don Rómulo Tovar, hizo justicia al señor Ministro de los Estados Unidos en Costa Rica, en artículo editorial de su periódico, (2) por su generosa y activa intervención en favor de los damnificados.

Y entonces, señores, hubo en corrillos las expresiones de los ignorantes o de los perversos, atribuyendo una intención política preconcebida a lo que no había sido más que un desprendimiento generoso.

Lo mismo ha ocurrido con otros sucesos: si viene una flotilla de aeroplanos yanquis a hacer visita de simpatía, hay en todas las bocas un grito de protesta porque «nos están conociendo mejor para hacernos suyos»; si una fragata visita un puerto nuestro, se desata el rumor insidioso; si, en fin, un gran juez de los Estados Unidos da un fallo favorable a Costa Rica, no falta quien mancille la gloria de este triunfo con una vil sospecha!

No, señores! los Estados Unidos han sido el nidal de una libertad cierta y allí se ha incubado, para ejemplo de naciones, una democracia verdadera. Lo que un grupo egoísta o intencionado haga no es lo que quiere hacer la nación estadounidense; que allí también, como en la Francia inmortal, entre el humo espeso de las chimeneas, fulge a veces una estrella radiosa.

Es imposible hablar de libertad sin que vengan los nombres de Lincoln y de Washington; y es imposible hablar de los Estados Unidos sin que se piense también que bajo su cielo nacieron aquellos maestros eximios: Walt Whitman, Longfellow, Emerson, que bien podrían ser guías de la humanidad para regocijo de los dioses.

Se habla mucho del peligro yanqui y se exaltan los hombres haciendo la historia del espíritu anexionista de los Estados Unidos: durante poco más de un siglo—dicen—se ha in-

corporado territorios que miden 2.851.313 millas cuadradas; en 1803, adquieren la Luisiana; en 1819, España les cede unos territorios entre Missisipi, Florida, Luisiana, y el Golfo de México; en el mismo año incorporan la Florida; en 1845, Texas, lo cual da lugar a la guerra con México que acaba con la cesión, en 1848, de la Alta California, Nuevo México, Nevada, Arizona, Utah y parte de Wyoming y Colorado; en 1846, Oregón; en 1853, un terreno que redondea los límites de Arizona y Nuevo México; en 1867, Alaska; en 1898, las islas de Sandwich; el mismo año, Puerto Rico, Islas Filipinas y Guam; en 1899, Samoa; en 1901, algunas islas Filipinas más; en 1904, la zona del canal de Panamá y en 1917, las antillas danesas. Pero ese expansionismo no ha sido el ejercicio de la rapiña—como les consta a los hombres cultos—sino el producido de cesiones voluntarias, sancionadas por el Derecho Internacional, en su mayor parte.

El censo de 1790 muestra que la población de los Estados Unidos era de 5.308.483; en 1820 llega a 9.638.453; y en el espacio de un siglo, vemos que ha dodecuplado su población. ¡Asombroso empuje el de este pueblo que en el espacio de un siglo se pone a la cabeza de las potencias del mundo, mientras que los pueblos hispanos de América, en vez de ser un conglomerado cada día más fuerte, se debilitan en guerras civiles y en segregaciones que sólo obedecen al capricho y la ambición política de los hombres.

El afán de los caudillos militares, la torpeza de los mandones ambiciosos, eso es lo que nos ha perdido en América.

Cuando la República de Paraguay se desangró tan bizarramente en aquella lucha inútil contra tres naciones vecinas, no fué sino porque el caudillaje lo quería. Dichosamente vino ya, hace pocos años, la reacción cívica, ejemplo de fraternidad y de nobleza internacional que deberían seguir otros pueblos del Continente; el diputado Palacios pidió al Parlamento Argentino «que se condonara la deuda de guerra con el Paraguay y que se devolvieran los trofeos de guerra, los símbolos de la soberanía de aquel país fuerte, que los había perdido con gloria». (1) La república oriental del Uruguay había sentado ya jurisprudencia internacional; y cuentan las crónicas que cuando se devolvían los trofeos, los diputados del Parlamento Uruguayo, todos de pie, con el brazo extendido como cuando se va a realizar un juramento solemne, votaron el retorno a la patria de los trofeos del bravo pueblo paraguayo; y esas banderas pasaron entre el pueblo del Uruguay en medio de los hurras y voces de alegría, mientras sonaban los acordes del himno nacional.

Señores, esta conmovedora historia de una amistad internacional, se ha recordado aquí para estímulo del sentimiento de solidaridad que debe existir entre estos pueblos del nuevo mundo si quieren ser grandes como lo merecen. Es así, con esos gestos, como se revelan los pueblos POR CUYA RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU MAÑANA.

Pero volvamos al motivo central de nuestra tesis.

Entre la doctrina del panamericanismo, ninguna tan trascendente para el porvenir de la América como la doctrina de Monroe.

Al erigirse en repúblicas independientes éstas que habían sido simples colonias de España, surgió para los Estados Unidos un problema de orden internacional: el reconocimiento de esos gobiernos.

Ya Washington, en su discurso de despedida, en 1796, había predicado el aislamiento: «La gran regla de nuestra conducta respecto de las naciones extranjeras—decía—está en extender nuestras relaciones comerciales, pero en tener con

(1) *La Creación de un Continente*, F. García Calderón.
(2) *La Voz*, 12 de marzo de 1924.

(1) *El Maestro*, México, tomo III, Ns. 4 y 5.

aquéllas las menos relaciones políticas que sea posible. Debemos, pues, permanecer libres de alianzas permanentes». (1)

Jefferson había ya indicado también en 1792 esa orientación individualista: «No queremos—decía—mezclarnos en la política de otros países, ni emitir opinión. *Europa tiene intereses distintos de los nuestros*. Obsérvese que subrayamos esa frase.

Adams, en 1797, insistió de igual manera: «Es [muy cierto que no debemos involucrarnos en el sistema político de Europa], exclamaba.

Tal política, como se comprende, comenzaba a impedir la posibilidad de una alianza yanqui-europea para el expansionismo en el resto de la América. Esta norma no-intervencionista prevaleció allí por muchos años, a tal extremo, que aun en el caso en que Miranda, en 1789, buscó el apoyo de los Estados Unidos, «el presidente Adams no quiso comprometer líricamente su porvenir en una aventura semejante». (2)

El primer germen de la doctrina de Monroe brotó en 1811, cuando Madison presentó al Congreso esta resolución: «Estados Unidos no podría ver, sin seria inquietud, que parte alguna de un territorio vecino en el cual tiene, por varias razones, tan profundo y justo interés, pasara de manos de España a las de cualquiera otra potencia».

En esa época empieza Estados Unidos a entrar en relaciones con los pueblos americanos y al efecto, envía agentes confidenciales.

La política de Inglaterra—con el vizconde de Castlereaghby, con Canning—trabaja de consuno en los Estados Unidos para favorecer la independencia hispano-americana. (Recuérdese que don Andrés Bello y Bolívar fueron a Londres, como enviados de la revolución, para buscar apoyo).

Ni Francia, madre de la libertad, colaboró como Estados Unidos para la emancipación americana. Apenas si nos dió, por incidencia, la oportunidad de que se debilitara España y atendiera principalmente su situación de Europa. Por eso escribe el historiador uruguayo Barbagelata, refiriéndose a Bonaparte: *Il ne put pas se vanter, comme le ministre anglais Canning, d' avoir appelé a la vie un nouveau monde pour rétablir l' equilibrium de l' ancien, mais il est indéniable que l' intervention napoléonienne en Espagne précipita le déchainement de la révolution hispano-américaine*. (3)

Cuando Monroe era Secretario de Estado, pronunció estas palabras significativas, el 10 de diciembre de 1815: «La revolución que está haciendo rápidos progresos en Sur América, se hace interesante para los Estados Unidos; si se considera la alternativa entre gobiernos que serían libres y amigos y las relaciones que podríamos tener con esos países si continuaran siendo colonias, no hay como titubear para saber de qué lado se inclina nuestro interés».

¡Quién hubiera creído, señores, que este varón comprensivo de la suerte de la América e impulsor en parte de su libertad, y que más tarde protegiera tan ampliamente sus destinos en la doctrina que lleva su nombre, fuera escarnecido por los hijos de esa misma libertad!

Esa doctrina, que como dice nuestro profesor el Lic. don Alberto Brenes Córdoba «ha sido el escudo protector de las débiles repúblicas de la América Española contra la ambición de los gobiernos europeos», (4) tuvo su origen en 1823, con ocasión de haberse propalado la noticia de que la liga monárquica europea conocida con el nombre de la Santa Alianza, que se formó a la caída de Napoleón I, pretendía auxiliar a

España para que recobrar el dominio de sus colonias americanas, y de que Francia intentaba restablecer una monarquía en América.

Esa doctrina que a juicio del ilustre tratadista Díez de Medina «no es ni puede ser otra cosa que una explícita declaración en caso concreto, de los sanos principios de no-intervención reconocidos por el derecho internacional». (1)

Con tal motivo, el Presidente de los Estados Unidos James Monroe, dirigió al Congreso un mensaje en que declaraba: «Que los Estados Unidos permanecían neutrales en todos los asuntos políticos de Europa, pero que cualquier tentativa de los países europeos para implantar su sistema de gobierno en cualquier parte de Norte o de Sur América, o para comprimir o controlar estados americanos independientes, sería mirado como acto hostil (*unfriendly*) a los Estados Unidos; que el continente americano, en virtud de la condición independiente que han asumido y mantienen las naciones que lo pueblan, no debe ser mirado como territorio ocupable por ninguna potencia europea para establecer colonias».

ROGELIO SOTELA

(Seguirá en el número próximo).

El Convivio

Damos con esta entrega el segundo pliego, y último, de los *Rubayát* del Kheyyám. Seguiremos con el *Elogio de Leonardo*, una de las admirables conferencias de Lugones.

Ya en prensa: *Savitri*, una joya de la literatura clásica hindú, en la versión castellana del Dr. C. M. Freundlich, Profesor de Lingüística en la Universidad Nacional de Córdoba, Rep. Argentina.

Pase a ver el gran surtido
de
CASIMIRES INGLESES
de último estilo que acaba de recibir y vende
a precios módicos
la
SASTRERIA AMERICANA
de
JUAN PIEDRA Y HERMANO
Frente al Hotel Francés
LOS TRABAJOS DE ESTA SASTRERIA
SON GARANTIZADOS
LARGA PRÁCTICA EN NUEVA YORK
LADIES AND GENTLEMEN TAILOR
English spoken

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

(1) *La Doctrina Monroe*, Ernesto Quesada, Cap. I. En esta obra del ilustre jurisprudente argentino consultamos la evolución histórica de la Doctrina, pero no compartimos su orientación con esta materia.

(2) *Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, tomo XX, Buenos Aires.

(3) *Napoleón et l'Amérique Espagnole*, Hugo D. Barbagelata, pág. 37.

(4) *Historia del Derecho*, A. Brenes Córdoba, pág. 258.

(1) *Noções de Direito Internacional Moderno*, pág. 132.

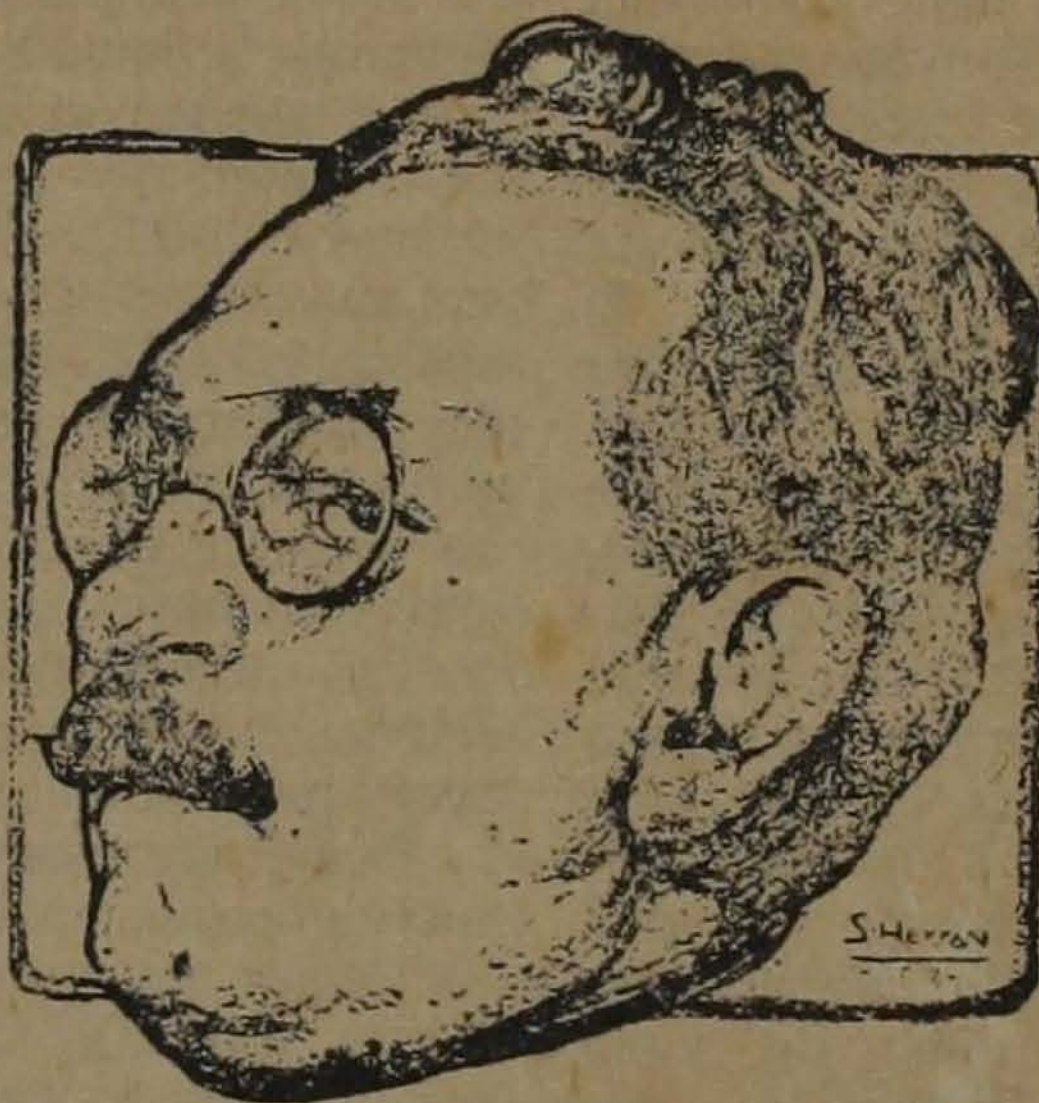
La obra de Enrique González Martínez

Rosa tan leve es la poesía que apenas el ala tímida del elogio la toca y ya parece a nuestros ojos menos límpido el polen de su cáliz y menos brillante el oro de sus pétalos. Cuanto más la oprime la mano del analítico, más de prisa huye de nuestra realidad como agua de torrente, azogada de pronto en un reflejo lunar. Al poeta o se le canta en verso, —como conviene a su decoro o con silencioso paso se le acompaña,— un trecho largo o breve, del camino que recorre. Todo nos lo permite en la sonrisa alada del tránsito, todo menos el estudio del crítico que sustituye la húmeda sinceridad de los ojos del amigo con el vidrioso ocular del microscopio que exagera—lo mínimo, cuando no con la lente oblicua y degradada que aleja indefinidamente lo próximo.

Enrique González Martínez, con ser el más grande de nuestros poetas vivos (me refiero por supuesto a los que están todavía en el período de agitada creación) es el menos comprendido y el menos amado. En torno de Tablada se exitan las doctrinas, se labran las reputaciones y se reparte, como en los cuentos de hadas, el bien y el mal. Rafael López que desde hace años tiene castigado con el silencio al público de sus devotos, sienta no obstante a su mesa de honor, en un trance difícil, a menos de cuarenta o cincuenta escritores jóvenes de todos los frentes y hasta de todas las retaguardias. Urbina hace tiempo que desató su hogar, pero desde el exilio al que se condenó, siguen uniéndolo invisibles y seguros vínculos con las almas que lo aman y los jóvenes, no siempre muy jóvenes—que lo imitan. Para que nada falte a este cuadro de felicidad temporal de la literatura patria hasta en la fila de los nuevos se reclutan figuras de maestros y, aunque el término resulte todavía un poco amplio para su escasa corpulencia de escritor, Maples Arce lo adopta entre los suyos y encuentra ocasiones—demasiado a menudo por desgracia—para sustituir el talento con el tipo de doce puntos.

Para todos, pues, sonrío, con la sonrisa entintada de los linotipos, la popularidad del periódico y del libro y para Enrique González Martínez no existe hasta hora en su patria—más que el insulto incomprensivo, cuando no el silencio desdeñoso y a las claras injusto.

¿Motivos? ¿Quién los busca en este instante de desorientación artística en que se rompen todas las brújulas y parecen naufragar el sentido común y el gusto sano de lo hermoso? Bástenos pensar que después de una generación—la del Ateneo de México a cuyos miembros la cultura no acertó por completo a defraudar, vino la nuestra, generación dolorosa, nacida para engañarse y engañar, más dispuesta a fingir talento que a tenerlo. Generación



Enrique González Martínez

(Dibujo de S. HERRAN).

terriblemente gozosa de la incultura en que vive y de la que debiera avergonzarse, como se avergonzaría el obrero, el obrero a quien trata cobardemente de mentir—¡engañar siempre!—si no conociera el uso de las herramientas más indispensables a su oficio.

¿Quién busca los orígenes del desprecio en que se halla, por ahora, la obra firme, proba de un poeta de elección y de constancia cuando se oye por doquiera en el campo de las letras nacionales enaltecer el ruido, exaltar la ignorancia, poner a viles precios el ingenio de la cantina y del lupanar, subrayar con guiones rojos las injurias más soeces en las páginas de los libelos, prostituir, en una palabra, al ansioso dios de la sinrazón los bienes insustituibles del decoro artístico y de la pro-

bididad intelectual? Lo extraordinario es que fué precisamente a esta generación, hoy en apariencia iconoclasta, a la que Enrique González Martínez cautivó, hace apenas unos años con el lírico ensalmo de su palabra límpida y pura. Cambios como este se encuentran a menudo en la historia de todos los imitadores y en las alternativas de todas las literaturas. Tan bruscos, no. ¿Diremos, acaso, que tan injustos e inexplicables tampoco?

Desde un punto de vista se llama a Enrique González Martínez poeta filósofo, es decir—para destruir de una vez el absurdo—se le acusa de ser un poeta de ideas. Algo parecido,—*toutes proportions gardées*,—a un dramaturgo de tesis.

Alejados de la contemplación que en el hombre de equilibrio mental no perjudica en modo alguno a la contienda de la vida, los escritores de última hora encuentran en el autor de *SENDERS OCULTOS* más meditación de la que sus fuerzas personales resisten. Encolerizados así de un distanciamiento del que debieran sólo culparse a sí propios, consideran como desterrado voluntario a quien no es, en suma, más que un espíritu superior capaz de la emoción humana, disgregada y vehemente que ellos exaltan, pero digno también de esa media hora de silencio y de reflexión sin cuyo goce los bienes del pensamiento y del arte pierden su encanto natural. Se habló mucho en México, hace algunos años, de poesía filosófica. Se acusó a González Martínez de haberla cultivado con exclusivo amor, sin parecer, a punto fijo darse cuenta, de lo violento que este calificativo de filosófico resulta para cualquier poeta de verdad. Que González Martínez lo es, nos lo demuestra sobradamente la cauda de imitadores que su paso ha conmovido en las letras de América: los tímidos, los sinceros, los leales que lo han proclamado desde lejos en su obra y en su vida; los otros ambiguos—como un paisaje empañado por un cristal acuoso—pronto desprendidos del corazón del maestro como

uvas perdidas del racimo intacto y bello de sus primeras vendimias.

¿Sensualidad? Alguien ha dicho que es ella el sólo pretexto de la verdadera poesía y en su nombre, como en el de la libertad en materia política ¡cuántos crímenes de incomprensión, de falsa audacia, y de sincero, vil impudor, no cometen nuestros escritores actuales! La poesía (declamaban los amigos de Ramón López Velarde, el gran poeta equivocado de ZOZOBRA) es el pasmo de los cinco sentidos. El maestro—el juvenil incierto maestro—lo logró por breves horas en el escenario de nuestra literatura. ¿Los discípulos, de todas las edades—había entre ellos quien contaba más años que pecados—concebirán acaso con claridad y luz bastante lo que afirman con tan excelente convicción? De López Velarde han subsistido un relámpago de gloria y un fresco vaho de esperanza, pero por desgracia las obras de sus imitadores huelen ya a retórica, a la más prosaica retórica de oficina y de almacén y las afea ostensiblemente cierto tono emasculado que afemina la emoción, alargando los trazos como un viejo cuaderno de modas hojeado mucho tiempo por las buenas señoras de provincia.

Junto con la sensualidad, el criollismo fué por entonces, hace ya tanto tiempo, ¡por lo menos tres años!—el gran éxito de temporada en los tablados literarios de la farsa.—Llamo criollismo el afán de nacionalizar a fuerza de una literatura que no tiene en sí propia todavía el vigor bastante para imponer su sello peculiar a las demás. Movidos del patriótico deseo de revestir a la obra escrita con los colores trigarantes, algunos poetas se agruparon para iniciar la obra de nacionalización. Por desgracia todo terminó pacíficamente en opereta. Los dos kilómetros cuadrados que hacen la superficie del territorio mexicano pesaban con exceso en el corazón de nuestros pequeños héroes y prefirieron quedarse frente al escenario del Teatro Lírico. Charros y chinas poblanas bajaron desde la revista de género chico a las páginas de vanidad grande y comenzaron los jarabes, los zapateados y los huapangos de la literatura con uno que otro gangoso guitareo que nos acatarra todavía trágicamente el corazón. La pendiente era fácil. De ese apasionado nacionalismo que era en realidad el retorno de Maximiliano, sólo queda un paso para llegar al intervencionismo. Y esto fué precisamente lo que ocurrió. Los Estados Unidos con sus grandes industrias, con sus avenidas alucinantes y sus atormentados mecanismos sedujeron la bondadosa credulidad de un grupo de jóvenes que se llamaban a sí mismos avanzados. Una vez descubierto el universo—siempre se empieza por ahí—tomaron posesión, en el papel, del imperio de la máquina y del tranvía. Todo fué entonces anuncios, ferrocarriles, cabarets y groserías. La cosa hacía ruido y se le llamó con cierta exactitud no exenta de buen gusto, *estridentismo*. Se ataron las latas vacías de salmón a las rotativas de algunas revistas y hasta hoy sigue el asunto moviéndose descompasadamente ante la expectación temerosa de los críticos oficiales.

Esta es, sin nombres, la historia lógicamente abreviada de las ideas antagónicas que ha sugerido la obra de González Martínez y de las teorías poéticas—iba a decir políticas—que se han recomendado

como eficaces antídotos (se trata al fin y al cabo de un doctor) contra el mal abstracto, la literatura del pensamiento, la nobleza sosegada de la frase y el decoro discreto de la emoción.

Hemos logrado de esta suerte, analizando los defectos señalados por la crítica menos benévola al poeta, atisbar ventajosamente sus cualidades. Se le ha acusado de ser lírico—abstracto, retórico, frío y no mexicano. La obra de sus rivales nos autoriza a sustituir unas palabras por otras. Cuando se le llame abstracto, calificuémoslo de reflexivo; cuando se le diga retórico pensemos: simplemente clásico. Si frío ¿por qué mejor no llamarlo decoroso y varonil? ¿Si no específicamente mexicano, por qué no humano y universal también?

La obra lírica de González Martínez está aún demasiado viva entre nosotros (no es ni siquiera de ayer) para que la estudiemos sistemáticamente.

Bástenos asegurar que no hay otra en México tan vigorosa, tan unida y a la vez tan simple, ni la de Othón, desigual y arrítmica, no obstante el ritmo clásico en que la compuso; ni la de Neruo, tan honda y clara en ciertos matices, tan delgada de materia poética, por desgracia, en otros; ni la del mismo Díaz Mirón, alto y rotundo como una ola inmensa del Pacífico; ni la de Urbina, gota de llanto dulce; ni aun la de Gutiérrez Nájera, que sólo dejamos al final de la enumeración, con cierta pueril malicia, como para poder tenerlo más pronto presente a nuestro recuerdo. Y al afirmar que la obra de González Martínez es la más completa y orgánica de las obras líricas de los poetas de México, no establecemos—¡Dios nos libre!—jerarquías de perfección. Demasiado se ha dicho que no hay diferencia entre méritos absolutos y nos bastaría releer cualquier gran poema de Díaz Mirón o de Gutiérrez Nájera para sentir, en uno, la garra luminosa del león del zodiaco y en otro el humanísimo sollozo del romántico ruseñor. A nadie habría de ocurrirle establecer escalones entre estos momentos—felices de la poesía mexicana. Quédese quién así lo prefiera con el canto velado y unísono de Urbina. Quédense otros—yo el primero—con el rumor de selva y el apasionado grito de Othón, pero todos reconozcamos en González Martínez al poeta que, quizá por más afortunado que otros, ha sido,—como nadie—fiel durante la vida a su primera vocación.

Laboriosa y constante, su existencia ha preferido los moldes definidos para vaciar en ellos el caudal de pensamientos que entrañaba. Desde los *SENDEROS OCULTOS*, su primer libro de gran poeta, hasta el volumen de las *PARÁBOLAS*, González Martínez ha descrito, con la perfección minuciosa y simple de un compás musical, un círculo inimitable.

Poeta del optimismo inteligente, comprende como José Vasconcelos que toda conformidad con la vida es vil, pero sabe también que todo decaimiento es cobarde y sobre la destrucción de sus ídolos funda la ciudad ideal del espíritu y del corazón.

En años en que a la juventud de México, de este México ingrato que ahora le olvida como olvida siempre a quien mejor le quiere, faltaban todos los ímpetus, él solo, como el barquero del poema de Verhaeren, con una verde caña entre los dientes, remaba contra las ondas enemigas.

En horas en que el falso nacionalismo de sus

deturpadores languidecía como señorita sin novio tras de la reja de un balcón despedazado por la metralla, él solo, sin falsos heroísmos episódicos, desdeñoso de la realidad inmediata del minuto, edificaba su epopeya interior de redención y de confianza.

Alguien, no recuerdo quien, lo llamó poeta puritano, por el decoro característico de su inspiración. Sí, lo es por eso y también por su apasionado y militante individualismo. Es el poeta del libre-pensamiento y de la torre de marfil; aceptémosle así por desacreditadas que estén las soledades del espíritu en estas épocas de cristianismo sindicalista y de hermosa sinérgica colectiva. Divinas soledades del espíritu que hacen siempre los cantos más puros y a las que sólo pudo llegar Dante en sus capítulos del paraíso cuando supo despojarse en el infierno de todos los bruscos asaltos de odio, de venganza y de cólera mezquina que atormentaban su corazón.

Es tal la fuerza de sus pasiones, que todos se han puesto de acuerdo para llamarlo sereno. Lástima que la feminidad cada día mayor de la poesía moderna haya dado a este epíteto un sabor de quietud y de paciencia eunuca que no tenía en sus orígenes. Lástima grande, porque, de no ser así, convendría admirablemente a la perfección clásica de sus ritmos y a su tranquilo desdén por los prejuicios del instante. Serenidad es la suya, quemante y viva, en cuyo crisol insiden los más variados apetitos y las inquietudes más encontradas; serenidad que recuerda no el hielo de la Venus de Milo sino, más bien, el serpentino torcimiento del dolor sobre el busto macizo del Laocoonte.

Poeta de fuerza, de optimismo y de serenidad lo habrán de definir los críticos, ratificando su propio orgulloso concepto, impuesto a guisa de título en la portada del más espléndido de sus volúmenes.

Poeta liberal como ninguno, hijo del siglo XIX, pensador y bacteriólogo, experto él mismo en tocar con las manos balsámicas del que salva, las heridas de la carne y del espíritu, sus defectos verdaderos son los de la época escéptica y positivista en que su espíritu se engendró. Poeta tierno, sin blandicie, fuerte sin alarde, optimista sin candor, orgulloso sin vanidad, comprensivo sin afectación, inteligente sin prejuicio, hábil sin virtuosidad, sobrio sin pobreza, decoroso sin frialdad, discreto sin hipocresía, sincero siempre en todo y noble como pocos en su honrado oficio de pensador y de panida.

JAIME TORRES BODET
Altamirano, 116. México, D. F.



Carta

San José, 4 de febrero de 1925.

Señor Director del REPERTORIO AMERICANO,
don Joaquín García Monge.—Pte.

Distinguido señor:

En la edición de *La Nueva Prensa* del 23 de enero p.pdo., en una nota que parece ser editorial, titulada:

«Contestamos un Editorial de *La Estrella de Panamá* a propósito de la misión ignominiosa de Casorla y otros tópicos...»

se encuentra el siguiente párrafo:

«...para la misión confidencial escogió nuestro Gobierno a un hombre, Buenaventura Casorla que si es en Panamá un distinguidísimo caballero, no reúne para el pueblo costarricense los atributos que debe reunir el hombre en cuyas manos se pongan misiones de una naturaleza tan delicada como esa de que nos ocupamos, pues hasta su nacionalidad es dudosa».

Aunque no estoy en la obligación de recoger todas las manifestaciones que haga la prensa nacional acerca de la misión que por encargo del señor Presidente Jiménez llevé ante el Gobierno de la República de Panamá, porque el objeto de esa misión no es para ser discutido en los periódicos y porque en cuanto a lo que yo soy o lo que yo hice o no hice, cada cual puede juzgarlo conforme a su idiosincrasia o a su interés o a su buen entender, me parece que no debo ser del todo indiferente a la manera como el periódico aludido juzga la actitud de nuestro gobierno y mi propia personalidad haciendo desde luego una confusión injusta entre los derechos que la prensa pública tiene para examinar los negocios del Estado y los deberes que le corresponden para juzgar a los hombres del país.

No sé a qué clase de atributos se refiere el escritor de *La Nueva Prensa* para desempeñar una misión diplomática como la mía, y como la frase copiada es ambigua y más bien parece dictada por un sentimiento de prevención, juzgo que estoy en el deber de establecer por un procedimiento racional, un juicio público que aclare el concepto o los conceptos contenidos en el párrafo en referencia. No me interesa tanto a mí como al país. Se podría pensar que el Gobierno de esta República llamó de la calle a cualquier hombre, de conducta dudosa, de historia desconocida y de nacionalidad ignorada, para encargarle un oficio delicado, nada menos que una representación confidencial ante un Gobierno Extranjero. No ignoro que puede haber muchos hombres en la República capaces de desempeñar, tal vez con mayor fortuna, el negocio que se puso a mi cuidado, pero creo que al escogerme a mí el Presidente Jiménez fué porque tiene fe en mis capacidades y en mi devoción a mi patria y nunca porque quiso abrir más grande abismo en nuestras antiguas y excelentes relaciones con Panamá enviando ante su gobierno a cualquier hombre sin algún modesto merecimiento

para ello. No dudo que nuestras relaciones con Panamá no podrán restablecerse en los términos en que se hallaban antes del conflicto de 1921 sin un laborioso trabajo, pero cualquiera que sea éste, no creo que deban de considerarse sin algún efecto el esfuerzo que ha puesto el Presidente Jiménez en conducir las hacia esos términos. En esto no hay un especial interés personal del Presidente Jiménez como tampoco puede haber algo que se parezca a un interés de partidos políticos. En el propósito de reanudar nuestras relaciones de simpatía con Panamá tiene que haber un sólo interés nacional, puesto que Costa Rica no tiene motivos para mantener sentimientos de discordia con ninguna otra nación de la tierra. Dentro de esta finalidad me puse yo cuando acepté al señor Jiménez el desempeño de aquel delicado encargo y no pensé que con ello, por lo que se refiere a mi persona, se quería hacer una nueva ofensa a Panamá.

Esta es la razón que me mueve ahora a dirigirme a Ud. de la manera más respetuosa, puesto que pienso que en el modo como *La Nueva Prensa* juzga estas cosas, hay algo que afecta a la vida moral de la prensa periódica de la República. Conozco la actuación de los periódicos que Ud. representa. Esto me alienta a acudir a Ud. como a un alto tribunal de honor para que me diga: si en el concepto de Ud. soy una persona sin los naturales atributos de la caballería y por lo tanto sin la aptitud social necesaria para desempeñar la misión que me encomendó el señor Presidente Jiménez.

Me permito encarecerle una respuesta pues dado el valor trascendental de todo este negocio, en lo que se refiere a este aspecto del mismo, sólo un grupo de caballeros periodistas puede sentar un fallo de carácter definitivo y yo no vacilo en abandonar mi causa a quienes dirigen los más importantes periódicos del país y dieron siempre ejemplo de estimar en alto grado sus timbres de caballería sea en su vida de hombres, de costarricenses y de periodistas.

Anticipo a Ud. mi más hondo agradecimiento por este generoso servicio que encomiendo a su benevolencia y espíritu justiciero.

Soy de Ud. muy atento servidor,

B. CASORLA.

Respuesta

El Director del *Repertorio Americano* conoce al Lic. D. Buenaventura Casorla y no vacila en confirmar estas palabras suyas, sacadas de la carta anterior:

«...creo que al escogerme a mí el Presidente Jiménez, fué porque tiene fe en mis capacidades y en mi devoción a mi patria...»

En justicia puede repetir el Sr. Casorla estas palabras en todo tiempo y lugar.

Por ningún motivo puede concebirse que el Sr. Jiménez escogiera como agente confidencial ante el Gobierno de Panamá a un hombre que no fuese idóneo. Muchos creemos que si el Sr. Presidente Jiménez eligió al Sr. Casorla, es porque pensó

en el viejo amigo y en el costarricense hábil, sagaz y prudente.

Por otra parte, el reanudar cuanto antes las relaciones con Panamá debe ser preocupación viva y sincera de todo Gobierno de Costa Rica que se precie de generoso y previsor.

En el Continente nuestro no debe haber una grieta por donde se filtren los enconos internacionales. Si lamentables odios fronterizos nos separan, estamos perdidos y adiós los sueños de nuestro Padre Bolívar. Hagamos votos entrañables porque delegados de todos los pueblos libres de América, en cooperación pacífica y fraternal, celebren en 1926 y en la capital de la vecina del sur, el primero y simbólico centenario del Congreso de Panamá.

Sin éxito por el momento, (hay que esperar, hay que insistir), el Sr. Presidente Jiménez ha hecho bien en tratar de que los pueblos Costa Rica y Panamá, en mala hora distanciados, reanuden sus relaciones.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.	SIROPES
REFRESCOS	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,	

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante y económico para la Semana Santa?

Pase a la Sastrería LA COLOMBIANA escoja su corte y saldrá Ud. satisfecho de su compra.

Cuento además con operarios competentes en el ramo.

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Página lírica

de Agustín Acosta

MISERERE

Dadme el hacha: me siento leñador de ideales.
Hay que cegar los pozos... Hay que tronchar los árboles.

Maldita el agua negra de los bosques en sombra...
Jugo de las mandrágoras... Cáliz de las ponzoñas...

Maldito el árbol grande de ramas retorcidas,
de donde cuelgan, pálidos, los frutos de la envidia.

Maldito sea todo cuanto en el mal prospere...
Maldito sea...

Y alguien me dice: Miserere...!

CIVILIZACION

Verano: el cielo gris
acusa tormentas.
Aire de bosques mojados
a mis pulmones llega.

Las flores tienen más color...
El viento tumba los frutos.

Por la noche los perros ladran
a las sombras en los conucos.

Una caja civilizada
aborta el alma de Caruso...

TORRES DE HUMO

Humo en el campo:
hagámonos la ilusión de que es nieve.

Humo en el alma:
hagámonos la ilusión de que es fuego...!

EL DIVINO PUDOR

—¿Para qué más arriba?
—Para que no me vean.

—¿Para qué entre la sombra?
—Para que se me desconozca.

—¿Para qué lo que nadie entiende,
lo que nada se comprueba?
—Yo no soy un vulgar matemático:
yo soy un poeta.

—¿No ves que blanden la sonrisa
como una espada traicionera?
—No saben nada de la vida
y de la muerte nada esperan.

—¿Y si tienen razón aquellos
que niegan tu clara visión?
—No digas eso...! Los que niegan
jamás han tenido razón...!

EL SALVADOR PERFUME

Se quedó sola entre la hierba, herida
por el tiro certero. En vano el hábil
perro de caza lo olfateaba todo.
La avecilla allá abajo, acurrucada,
por un maravilloso mimetismo,
con la hierba—oh qué bien!—se confundía.
Nada valió que el perro se esforzara
en hociquear desesperadamente:
no pudo hallar a la paloma herida!

.....
¿Cómo falló el sentido del olfato
al dogo magistral, a tanto precio
para esa horrible búsqueda pagada?
Asesinos! Pensad que entre la hierba,
puestas por el Señor, flores había.
Flores que sirven para los altares,
para que se coronen las mujeres,
y para que los perros auxiliares
de vuestra crueldad pierdan la pista.

ESPERANZA

El sol me dió un azote continuo hora tras hora;
después, el mismo sol me fabricó una sombra.

Amor me dió un dolor intermitente y hondo,
y ese dolor me puso dulzuras en los ojos.

Todo tiene en sí mismo su consuelo y su gloria,
del mismo modo que la noche trae la aurora.

Hay un solo remedio para todo: esperar;
todo lo nuestro, todo, en nosotros está.

PROTESTA VITAL

Muere, oh árbol, la última voluntad de tus hojas,
en esta parodia de invierno,
y ya la dulce gracia del nido desalojas,
que más que tú será prolífico y eterno.

No obstante, allá en tu rama más débil y ligera,
como una protesta vital,
un serpentino junco se enrosca a la manera
de la sierpe del pecado original.

Y yo pienso:—Oh Dios mío! Si al árbol quitas vida,
¿por qué le dejas la virtud
de protestar en símbolos de vida
y en amagos de juventud?

*Envío del Autor. Jagüey
Grande. Cuba.*



Renán, sus ideas y su estilo

(Concluye. Véase la entrega anterior).

SUS ERRORES CIENTÍFICOS. Es sabido que su tentativa en favor del 4º Evangelio fué graduada de infeliz por Strauss, después del «tremendo asalto de Bretsneider». Otra de las cosas que más le censuraron los alemanes fué la especie de mistificación a que echó mano para explicar la resurrección de Lázaro. Le llamaron el Venturini moderno. Paso por alto este punto que requiere un dominio especial de la materia.

Y me limito a notar lo siguiente, en otro orden. En su carta a Berthelot se pronuncia decididamente contra la creación brusca de las especies, afirmando que «sólo hay la creación lenta de las causas ordinarias», teoría darwiniana hoy desbaratada por las experiencias de Hugo de Uries, que Bergson toma muy en cuenta en su *Evolución Creadora (La variación insensible)*.

Pero ya que no le hemos perdonado sus errores, es justo señalar los aciertos del historiador, su finura crítica, su arte maravilloso.

POCOS ESCRITORES HAN DE HABER SEÑALADO MEJOR QUE RENÁN LA COMPLICIDAD DE LA GEOGRAFÍA CON LA HISTORIA. Cito como modelo el cap. 16 de *Los Apóstoles* donde nos muestra cómo el Mediterráneo contribuyó a la rápida difusión del Cristianismo. El Cristianismo se derramó como un reguero de luz sobre las costas, corriendo sobre las olas de ese mar.

NI NADIE PRECISÓ CON MÁS ARTE LA INFLUENCIA DEL ESPECTÁCULO SOBRE EL EXPECTADOR. Basta leer el cap. 14 del *Anticristo*. Para tener el cuadro de la conciencia cristiana, no son indiferentes monstruos como los emperadores romanos, ni los temblores de tierra ni la erupción de los volcanes—ni Nerón, ni el Solfatara ni el Vesubio!

CÓMO EL HORIZONTE, EL LAGO, LA MONTAÑA, EL MAR. SUSCITAN O EVOCAN SENTIMIENTOS Y DAN RUMBO AL PENSAMIENTO. «Acorde secreto entre la naturaleza y el alma», consigna en su *Origen del Lenguaje*, y va reiterando el concepto en sus páginas más bellas. Dudo que Goethe ni Max Müller le hayan igualado en el arte de exponer ese acorde o armonía.

El cap. 2º de *Los Apóstoles* es un estudio de psicología honda, quizá sin paralelo. Crucificado Jesús, sus discípulos vuelven a Galilea, con el corazón apretado de tristeza y ¡qué recuerdos en aquellos sitios amados del Maestro! A cada paso, dice, encontraban sus parábolas como enlazadas con los mil accidentes del camino. Aquí el árbol, allí la flor de donde sacó su enseñanza, allá, en fin, la barca y la colina donde pronunció sus conmovedores discursos. Veían a Jesús en todos los sitios donde habían estado con él. ¡Aquellos grandes sueños melancólicos ocupaban los días y los meses! Creyeron ver dibujarse en el espacio etéreo el espectro divino. El despejado horizonte de aquellas montañas inspiró a los Apóstoles la idea de la inmensidad del mundo, con el deseo de conquistarle. Esa idea y este deseo los empujaron a volver a Jerusalén, a predicar la doctrina.

Para Jesús también, según Renán, las alturas de Nazareth fueron el símbolo cierto, la sombra trans-

parente de un mundo invisible, y añade el rasgo moral que nos deja pensativos: ningún hombre moderno puede detenerse en aquellas cumbres sin sentir grave inquietud sobre su destino (*Vida de Jesús*, cap. 4º).

En Galilea, el país del Cantar de los Cantares, donde se movía Jesús, las esperanzas en el Reino de Dios brotaban como flores a los pasos del encantador divino y, otra vez el rasgo moral, nadie se figuraba que bajo la frente de aquel pacífico paseante se agitaban los destinos del mundo (Id. cap. 7º).

Veamos cómo explica el culto de las montañas o cómo éstas determinan el giro de las ideas religiosas.

EL SINAI Y LOS ELOHIM. Extracto de las ideas dominantes: El Sinaí es uno de los fenómenos más extraordinarios de la superficie del globo. ¿Es la imagen de un mundo seco? No es que no se acumulen, con frecuencia, sobre sus cumbres espantosas tempestades, pero la tempestad, bienhechora en otras partes, aquí es terrible. Se diría que es un fenómeno metálico en que no entran sino el sonido del tambor, del cañón, de la trompeta y de la campana. Dioses severos debían de habitar tales cumbres. De todo lo que constituye la naturaleza, aquí no hay sino la piedra, cortada por filones de metal y ahogando la vida. La aridez es absoluta. En este mundo anti-humano ni un fruto ni un grano de trigo ni una gota de agua. El silencio de estas soledades aterra. Una palabra pronunciada en voz baja despierta ecos extraños. El viajero sólo es turbado por el ruido de sus pasos. Se conoce que es la montaña de los dioses (Elohim) con sus contornos invisibles, sus engañosas transparencias y sus extraños reflejos. El Sinaí es en toda la región sahárica una cosa única, un accidente aislado, un trono, un pedestal, para algo divino (*Historia del Pueblo de Israel*, lib. 1º, cap. 14). ¡El culto de las rocas o de las montañas! Pedestal de los dioses era también la Sierra Nevada de los Andes, en concepto de los indios peruanos, según Garcilaso de la Vega.

Veamos también cómo Renán inculca que el mar, igual que las montañas, suscita ideas, evoca sentimientos y contribuye así a la formación de los mitos. La explicación tiene que ser psicológica; ha de consistir en enlaces de ideas casi imperceptibles y siempre fugaces, al estilo del escritor maravilloso.

GLAUCO Y EL MAR. Glauco era un pescador que se convirtió en dios marino. Todo lo que la Mitología dice de este dios es sin sentido común, contradictorio, inverosímil: Se arrojó al mar porque a nadie pudo probar su inmortalidad y fué profeta fatídico. Sopla el viento y entonces pronuncia oráculos ruidosos o se sube a una peña y en lengua eólica lamenta su inmortalidad. Sus amores acabaron como una pesadilla. La hermosa Escila a quien amó, por celos de Circe, que envenenó las aguas, se transformó en un monstruo ladrador. Glauco, desde entonces, fué malo y torpe. Es, a veces, la ola verdosa del mar y, en ocasiones, un gavilán que se arroja sobre su presa en la inmensidad murmuradora.

Explicación de Renán: Los que han pasado su infancia en las orillas del mar, dice, saben cuántas asociaciones de ideas, profundas y poéticas, se forman ante el animado espectáculo de las costas, y Glauco es la personificación y el resumen de esas

creencias e impresiones. Mezclad todas las ideas de las gentes de mar, amalgamad los fragmentos desparramados de los ensueños de los marinos, y tendréis el mito de Glauco; preocupación melancólica, pesadillas disformes, viva sensación de los fenómenos que pasan en las olas, inquietud perpetua, gran impresión de la fatalidad. Glauco es, a la vez, el color y el ruido del mar, la ola que blanquea, el reflejo del cielo sobre el dorso de sus montañas líquidas, el viento de la tarde, augurio de la tempestad del siguiente día, los retornos de la vida solitaria, las ideas tristes de la inmortalidad soñada, doloroso enigma cuyo sentimiento nos habla de nuestro origen incógnito y de nuestro divinal destino (*Las Religiones de la Antigüedad*). Todo eso es Glauco porque en todo eso hace pensar el mar.

Dudo que en una clase sobre las religiones de la antigüedad se pueda reproducir con eficacia la explicación de Renán sin reproducir su dicción, su timbre melódico, sus contornos indecisos y su aparente abandono, profundamente calculados. Se trata de puntos de vista vagos como las lontananzas marinas, de sugerencias que son como encajes de ensueños.

Y ¿por qué se asociaron las ideas de Venus y el mar? Oigamos:

LA MUJER Y LAS OLAS. La explicación ha de buscarse en la infinita gracia del elemento líquido y en la manera con que sus curvas se enlazan con las líneas flexibles del cuerpo femenino donde consiste la armonía (*Id*). Se diría que, según este modo de ver, hay en la mujer algo del misterio y de las seducciones del mar y en las ondulaciones de las olas encantos y caricias de mujer. De este tema, la mujer, trató varias veces y vale la pena de un corto incidente.

RENÁN Y EL ETERNO FEMENINO. Hemos visto de qué adorable manera alude a las mujeres encantadoras que sonrieron a la Filosofía Francesa, y de Jesús dice que cuando su turbación en Getsemaní, tal vez dudó de su obra, acaso recordó las higueras de su patria a cuya sombra pudo vivir tranquilo y lamentó no haber permanecido siempre artesano en Nazaret y quizás, añade, recordó también a las candidas jóvenes de Galilea, que hubieran consentido en amarle. Y es sabido cómo dice que el poder divino del amor en Magdalena alucinada, dió al mundo un Dios resucitado.

Pero el pasaje más bello, relativo al eterno femenino, está en el prefacio de *Mi Infancia y mi Juventud*:

Esta disputa en que se halla empeñado el espíritu europeo desde Abelardo, tiene momentos de sequedad, horas de aridez. Agotado el cerebro por el razonamiento, siente sed de sencillez como el desierto tiene sed de agua pura... y entonces pensamos en nuestro polo opuesto, en la mujer que no es más que mujer, en quien se manifiesta el instinto espontáneo. La mujer bella y virtuosa es un espejismo que puebla de lagos y de calles de sauces nuestro gran desierto moral.

¿Y la dedicatoria de la *Vida de Jesús* a su hermana Enriqueta?

«Te acuerdas de aquellos días de Ghazir en que, a solas contigo, escribía estas páginas inspiradas por los lugares que acabábamos de recorrer...» Es mágico el efecto de «las preguntas finas y discretas» de la

llorada Enriqueta, cuando «a la radiante lumbrera sucedía el innumerable ejército de estrellas», preguntas que le hacían pensar «en el sublime objeto de nuestras comunes investigaciones». «Y duermes tú ahora en la tierra de Adónis...» Quizá esa dedicatoria vale tanto como el libro. Una dama que la sabe de memoria y suele recitarla con acento melódico y doliente, que es como debe recitarse esa página conmovedora, me decía que no había leído nunca nada más delicado ni en prosa ni en verso, en novelas ni en poemas.

RENÁN ERA UN GRAN SENSITIVO Y AQUÍ, EN MI SENTIR, ESTABA EL SECRETO DE SU MAGIA. Los bretones, Lamennais, Chateaubriand, Renán, con el psicómetro de su estilo, sondan la vida. Sólo el sensitivo es capaz de producir frases de efecto irresistible. Recordad cualquier pasaje notable de la *Vida de Jesús*. Por ejemplo:

Cuando nos dice que su héroe, en su exaltación, aconsejaba dejar por el Reino de Dios, amigos, familia, patria. Entonces «el ingenioso y jovial moralista de los primeros días era como un gigante sombrío a quien una especie de grandioso presentimiento arrojaba más y más fuera del género humano».

Y aquel pasaje en que nos cuenta que Jesús «con sus exquisitas ironías, con sus malignas provocaciones, iba derecho al corazón. Como estigmas eternos sus palabras quedaron coaguladas en la llaga y esa túnica de Neso del ridículo que el judío, descendiente del fariseo, arrastra desde hace diez y ocho siglos, es obra de Jesús. El la tejió con artificio divino. Sus rasgos quedaron inscriptos, en líneas de fuego, sobre la piel del hipócrita y del falso devoto. Sólo un Dios sabe matar de esa manera...»

Y el párrafo en que termina el relato de la Pasión: «Borrar tu nombre de los anales del mundo sería conmoverlo hasta en sus cimientos...»

Y con qué sentimiento evoca su juventud desvanecida! Conocéis el trozo. «...Llevo dentro del corazón una ciudad de Ys, en que suenan campanas obstinadas en convocar a los oficios sagrados a fieles que ya no oyen. A veces me detengo para aplicar el oído a esas trémulas vibraciones que parecen venir de profundidades infinitas...rumores lejanos de una Atlántida desaparecida».

¿Y la Oración sobre la Acrópolis, tan celebrada? Pero hay que concluir, y voy a hacerlo, sentando que entre los sabios o eruditos nadie tanto como Renan, obedeciendo a su temperamento, siguió el consejo de Musset:

Hiere tu corazón:
allí está el genio!

Y TODOS SOMOS, EN EL FONDO, SENSITIVOS. Es que sentimos de una manera vaga y sólo «los que dicen» saben traducir el mundo interior del sentimiento. El hombre más grosero, dice Emerson, siente que le hierve la sangre cuando ve ondear la bandera de su patria en una torre, al otro extremo del mundo. Cree que detesta la poesía ¡y es místico y poeta!

Es raro el hombre de acción o de pensamiento intrépido que no acabe por vivir en el duelo de una idea. ¿Quién, que haya amado, no vive en el luto de un recuerdo? ¿Quién no lleva en su corazón algún Paraíso Perdido?

Y Renan fué el intérprete de esos estados del es-

píritu. Fué el intérprete armonioso de las esperanzas destrozadas, de la fé perdida, de los ensueños desvanecidos, de la melancólica poesía de los recuerdos. Y el breton divino contagió a su siglo con su céltica tristeza!

MANUEL DOMÍNGUEZ

(Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de La Plata, La Plata, República Argentina).

Comentarios fugaces

EL artículo del Dr. Cosme de la Torriente en el último número del admirable REPERTORIO AMERICANO, da idea de uno de los criterios que habría sido conveniente expresar a propósito de la presencia de Costa Rica en la Liga de las Naciones. Pero la lectura de los periódicos nada logra encontrar que descubra, si no es por excepción milagrosa, la preocupación de encarar problemas como ese con el interés y la preparación que demandan. Y el país viene a quedar fuera de la Liga de las Naciones y esto a nadie preocupa. El sentimiento general suele satisfacerse, cuando se trata de problemas como ese, con las opiniones que revelan un exclusivismo ridículamente provinciano. En cambio, las puerilidades del vecindario, llamadas pomposamente problemas políticos o problemas municipales, por ejemplo, consiguen atraer, a través de la información y del comentario periodísticos, toda la atención del público.

La Liga parece ser por ahora, en mucho, un organismo cuya vida se supedita fácilmente a los convencionalismos del dogma burgués y diplomático de la anteguerra. Pero, no obstante, encarna aspiraciones y reserva posibilidades que justifican el interés de la mayor parte de los países y de tantos hombres eminentes en la vida de la institución. Tal interés bastaría, por cierto, a determinar la permanencia de Costa Rica en la Liga, — lo que, además, no le impondría esfuerzos pecuniarios mayores que los que la nación suele malgastar en empresas estériles o, lo que es peor, funestas.

Pero resulta que lo que le parece digno de una labor devota a un hombre eminente de Europa, a un Bergson, por ejemplo, viene a parecerle digno de menosprecio a un menudo diputado de una de nuestras aldeas.

* *

Nuestros estudios de internacionalismo atraen ciertamente a los jóvenes que hacen aprendizaje de leyes, pero no ofrecen, de ordinario, sino la oportunidad de una preparación rutinaria y superficial, que no consigue afrontar los problemas de la actualidad en todas sus complejas perspectivas. Este internacionalismo sin sociología, no pasa de ser retórica leguleya con la visión tradicional y burocrática de dos únicas cuestiones: panamericanismo y doctrina de Monroe. De ahí no salimos, no obstante que tal internacionalismo ha fracasado ruidosamente en Europa, donde el diplomático, sin el técnico, sin el experto, sin la comprensión vasta de las diversas actividades sociales, sin el sentido idealista de una misión hu-

mana, ha venido a quedar reservado para los papeles de mero ceremonial. Y valdría la pena que tanto estudiante apto como las aulas de colegio y universitarias revelan, encontrarse los caminos—reservados por lo común a la audacia—de adquirir una más elevada preparación en el tratamiento de los grandes problemas nacionales, internos y externos.

* *

Otro artículo del REPERTORIO que da pie a reflexiones oportunas es el de Arturo Torres Rioseco relativo al Gobierno militar de Chile. Nos parece que alude a nuestro país en más de una ocasión, puesto que menciona males comunes a estos países. Pero, sobre todo nos parece que alude a nuestro país cuando recuerda la mediocridad del parlamentarismo chileno.

El descrédito del parlamentarismo es, en realidad, mundial, desde hace mucho tiempo. Y el de estos países, dado lo que vemos, y lo que declaran con frecuencia hombres libres y capaces de los países hispanoamericanos,—es de los que más eficazmente contribuyen a difundir el descrédito. Sin embargo, mientras no surja la fórmula conducente a reemplazar el parlamentarismo por un sistema evidentemente superior, todo esfuerzo encaminado a tratar de mejorarlo parece asumir el carácter de un deber imperioso.

La discusión de un problema de verdadera importancia en nuestros congresos, se hace generalmente de un modo que da tristeza o vergüenza. Leguleyismo y nada más: tal suele ser el plano en que se realiza la mayoría de los debates, cuando por rara excepción, no aparece el leguleyismo infestado de politiquería aldeana. La visión amplísima, superior, el estudio hondo, el criterio científico, la concepción moderna, el impulso vigorosamente altruista,—todo esto es, las más de las veces, flor incógnita dentro de las órbitas que las discusiones abarcan.

De ahí que nuestro parlamentarismo se convierta con admirable plasticidad en el mejor campo de cultivo de las ambiciones politicantes. La producción de personalidades del tipo del león de la política que pinta Torres Rioseco, encuentra allí el ambiente más propicio.

Un nombre brillante, un capital, un lucido don de gentes, un poco de retórica desgastada y el conocimiento casuista de la letra de la ley, dan origen a un grande hombre con mayores probabilidades de éxito que si lo creara Plutarco. Con poco más, se hace un Presidente de la República. La preparación del hombre, la obra civil que lo acredite, el ideal que represente,—todo esto sobra, mejor dicho, estorba. La mediocridad excluye esos valores o los rebaja a su nivel.

Lo grave es que de allí resulte que para la opinión resignada de la mayoría, el Congreso no venga a ser, al cabo, sino la ficha más importante en el ajedrez de las elecciones presidenciales.

Si la juventud soñara con dar una batalla, una de las batallas decisivas del progreso, la batalla contra la mediocridad parlamentaria podría ser una de sus loables aspiraciones.

EL PASAJERO.

San José, febrero, 1925.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica